



Cambios y riesgos asociados a la adolescencia

Carmen Viejo^{1*} y Rosario Ortega-Ruiz^{1,2}

¹ Departamento de Psicología. Universidad de Córdoba, España.

² Profesora Visitante Universidad de Greenwich, Reino Unido.

(Recibido 3 Junio, 2015; Aceptado 24 Junio, 2015)

RESUMEN: La adolescencia es un periodo crítico de cambios biológicos, comportamentales y sociales continuos. Estos cambios pueden ser fuente tanto de crecimiento como de obstáculos para el desarrollo en años posteriores. El desarrollo puberal, los cambios morfológicos y funcionales a nivel cerebral, y la ampliación del contexto social y las dinámicas de relación que en él se desarrollan, pueden suponer para los adolescentes un factor de riesgo para la implicación en diversas conductas problema. Este monográfico presenta algunos de los últimos trabajos desarrollados en torno al consumo de sustancias, la violencia escolar, bullying, cyberbullying o cibercortejo.

Palabras clave: adolescentes, monográfico riesgos adolescentes, desarrollo cerebral, desarrollo social.

Risks and changes related to the adolescence

ABSTRACT: The adolescence is a critical period time: biological, behavioural and social changes occur continuously. Those changes could be understood as potential benefits for the development along the adolescence and afterwards, but also as potential risks for this period. The pubertal development; the morphological and functional changes in the brain; and the wider social context where the adolescents establish new and more complex social dynamics, could be acting as risk factors for several problem behaviours. This Special Issue presents some of the latest papers developed about consumption, school violence, bullying, cyberbullying and cyberdating.

Keywords: adolescents, special issue on adolescent's risks, brain development, social development.

MONOGRÁFICO: "SCHOOLS AND YOUTH: VIOLENT BEHAVIOURS, PREVENTION PROGRAMS AND WELLBEING"

Actualmente, la adolescencia está concebida como un periodo de transición entre la niñez y la adultez que se extiende, aproximadamente, durante la segunda década de vida. Como señalan Palacios y Oliva (1999), esta concepción occidental de la adolescencia no nace hasta el siglo pasado cuando la Revolución Industrial marca un punto de inflexión en el ámbito de lo social: se acentúa la necesidad de formación y desarrollo para el desempeño de un trabajo cualificado lo que, a su vez, hace necesaria la consideración de un tiempo de capacitación para

*Correspondencia: Carmen Viejo Almanzor, Dpto. de Psicología. Universidad de Córdoba. Avda. San Alberto Magno s/n, 14004, Córdoba, Spain. Email: cviejo@uco.es

ello que retrasa la incorporación de los jóvenes al mundo laboral y, por tanto, al estatus de adulto. Este periodo de preparación y transición -que Erikson (1968) denominó *moratoria social*-, supone un compás de espera que permite a los jóvenes, recién salidos de su etapa de niñez, prepararse para incorporarse al mundo adulto; incorporación que se produce no sólo en lo laboral, sino en el desarrollo de la madurez compleja que requieren las tareas evolutivas de estos años y que abarcan el aspecto físico, emocional, cognitivo y social.

Los y las adolescentes se ven envueltos en un periodo crítico de cambios biológicos, comportamentales y sociales que incluyen un rápido crecimiento físico, la adquisición de la madurez sexual, cambios emocionales y sociales que, a su vez, les permiten desarrollar y reafirmar su personalidad, autoestima, su autoconciencia y, en definitiva, su identidad (Bjorklund y Blasi, 2011). Los jóvenes asumen también cambios de índole social o contextual: su relación con la familia y amigos se modifica, las relaciones de liderazgo y competición con sus iguales se amplían, aumenta la necesidad de aceptación por parte del grupo de amigos/as y, normalmente, se despierta un interés romántico o sentimental por otra persona. Los adolescentes se ven sometidos a mayores presiones escolares, a la necesidad de toma de decisiones que afectarán a su futuro y a la tarea de aprender a gestionar la gratificación instantánea frente al beneficio a largo plazo (Dahl y Spear, 2004). Por todo ello, Stanley Hall (1904), pionero en el estudio de esta etapa del ciclo vital, ya describía la adolescencia como un periodo de *tormenta y estrés* en el que el estado de ánimo de los jóvenes oscila continuamente entre puntos contrarios, tratando de adaptarse a los nuevos requerimientos sociales a la vez que se construyen ellos mismos en términos de su identidad adulta.

Esta visión traumática y estresante que se ha tenido tradicionalmente de la adolescencia, junto a la tradición patológica que ha asumido la psicología, ha llevado a muchos de los estudios que se han preocupado por el análisis del desarrollo en estos años a centrarse en un abanico de conductas problema asociadas con esta etapa: consumo de sustancias, conductas delictivas, tendencias depresivas, conflictos familiares, violencia entre iguales, adicción a las tecnologías, etc. (Acosta, Fernández y Pillón, 2011; Arim, Dahinten, Marshall y Sahpka, 2011; Johnston, O'Malley, Bachman y Schulenberg, 2013; Pons y Buelga, 2011; entre otros). Oliva y cols. (2010) señalan que incluso la terminología empleada para definir a un adolescente competente, o con buen desarrollo psicológico y comportamental, estaba referida a la negación de vinculaciones con los trastornos o conductas de riesgo asociados a esta etapa.

Sin embargo, en los últimos años se ha desarrollado una nueva perspectiva desde la que se señala que, pese a la existencia de numerosos cambios durante la adolescencia, no existen en este periodo más dificultades o tensiones que durante otros periodos evolutivos; si bien, la dimensión de construcción sociocultural que tiene la etapa implica que se consideren, no sólo los factores de maduración personal sino también los factores de construcción social que pueden ser fuente de obstáculos para el desarrollo en años posteriores.

DESARROLLO PUBERAL Y CEREBRAL EN EL ADOLESCENTE

Los avances en las técnicas para medir el desarrollo puberal motivó que las últimas décadas del siglo XX fueran fructíferas en cuanto a la aparición de estudios empíricos que, desde esta perspectiva, avalasen los modelos teóricos de desarrollo. Se ha abordado así el estudio de la pubertad como un hito universal que todo adolescente debe superar; un hito que les permite avanzar en su madurez sexual y en el desarrollo hormonal y morfológico asociado a ella. De esta forma, chicos y chicas afrontan un reto que, en el mejor de los casos, superan fácilmente e incorporan a su cotidianidad; mientras que, para otros, puede llegar a suponer una fuente de problemas conductuales o psicológicos (Negriff y Susman, 2011). Aludiendo a que muchas de las conductas problema estudiadas aumentan en la pubertad inicial y media, este periodo ha sido asociado al aumento de conflictos parento-filiales, a problemas internalizantes como depresión, neuroticismo o ansiedad, a desequilibrios entre autoconcepto y autoestima, a problemas emocionales, a desórdenes alimenticios, o a problemas externalizantes como comportamientos delictivos, consumo de alcohol y drogas y hábitos de adicción o de relaciones sexuales tempranas (Steinberg y Morris, 2001). Sin embargo, como señala Oliva (2007), algunos estudios han mostrado cierta discrepancia con estos datos poniendo en evidencia la debilidad de la relación encontrada entre el desarrollo hormonal de andrógenos y estrógenos y la conducta adolescente. En este sentido, los factores socio-culturales y, sobre todo, los cambios cerebrales que tienen lugar durante el periodo adolescente toman un papel preponderante.

La investigación relativa al desarrollo cerebral adolescente es relativamente reciente, remontándose apenas 50 años atrás, quizás inhibida por la creencia de que el desarrollo cerebral finalizaba en la infancia. Sin embargo, los estudios que se han centrado en los cambios cerebrales más allá de esta etapa evolutiva, han puesto de manifiesto que la corteza frontal sufre constantes cambios en el desarrollo durante la adolescencia y que, por tanto, cabría esperar que también hubiese cambios en las funciones cognitivas que dependen de este área tales como la capacidad para controlar y coordinar los pensamientos y la conducta, dirigir la atención, planear tareas futuras, inhibir conductas inapropiadas o tener presentes varias cosas a la vez, procesos todos ellos relacionados con la función ejecutiva y de la autorregulación de la conducta (Blackmore y Frith, 2005).

Así, diversos autores han apuntado que sería razonable establecer una relación causal entre estos procesos de cambio y desarrollo cerebral y algunas de las conductas que se despliegan en la etapa adolescente, como la búsqueda de nuevas experiencias y sensaciones, y la implicación y asunción de conductas de riesgo (Bava y Taper, 2010). Por otra parte, estudios recientes han sumado a este factor la alta activación del sistema mesolímbico durante estas edades; asociado directamente con el placer y las recompensas este sistema está en pleno cambio por el desarrollo hormonal característico de estos años (Gardner y Steinberg, 2005). De esta forma, podría entenderse que, siendo los comportamientos de riesgo aquellos que suponen un efecto placentero inmediato pero que carecen

de una valoración de las consecuencias posteriores y, por tanto, suelen vincularse a resultados poco deseables, tengan un alto atractivo para chicos y chicas (Boyer, 2006). Aprender a evitar riesgos de exceso se convierte en una de las tareas evolutivas de la adolescencia, pero la habilidad para tomar decisiones de forma ajustada se desarrolla lentamente en estos años. Por ello, los estudios han señalado que en la adolescencia ocurre un pico en cuanto a comportamientos como accidentes de tráfico, comportamientos delictivos y criminales, o actividad sexual de riesgo (Gardner y Steinberg, 2005), comportamientos todos ellos relacionados con la impulsividad y el autocontrol. Sin embargo, Oliva (2007) recoge que esta asunción de riesgos también puede ser vista como un elemento positivo desde el punto de vista evolutivo, ya que el enfrentarse a tareas de exploración y experimentación son requisitos necesarios para el desarrollo de la identidad, el crecimiento personal o la superación de los retos que permiten incorporarse al mundo adulto. En este sentido, enfrentarse a una situación con cierto riesgo, si bien conlleva sus posibles consecuencias negativas, también puede suponer para el chico o chica un aprendizaje positivo en cuanto a experimentación se refiere, favoreciendo aspectos de autoestima, autoconfianza, liderazgo, etc.

No obstante, los estudios han señalado que ya hacia finales de la adolescencia puede observarse una disminución de la impulsividad propia de años anteriores. Como describen Dahl y Spear (2004), motivado por el establecimiento de una mejor y más madura conexión entre el área prefrontal y algunas estructuras límbicas, chicos y chicas adquirirán un mayor control cognitivo y de regulación emocional y conductual que les permitirá responder de forma más global a cada una de las situaciones que se les presente, mejorando en el proceso de toma de decisiones, alejándose de respuestas más viscerales y ganando en eficacia. Esto podría hacer suponer que existirá una disminución de la asunción de riesgos que, sin embargo, no se produce. En este sentido, los estudios apuntan, entre otras posibles causas, al papel que juega el contexto social en la vida de los y las adolescentes, condicionando aun la implicación en este tipo de comportamientos. Gardner y Steinberg (2005) llevaron a cabo un experimento que les permitía concluir que los adolescentes, movidos por una sensación de euforia, asumían más riesgos cuando estaban acompañados por otros que cuando estaban solos, lo que dejaba al descubierto una cierta influencia por parte de los iguales que merece ser investigada.

DESARROLLO Y DINÁMICAS SOCIALES

Las relaciones personales y las dinámicas sociales que se establecen en estos años se convierten, así, en otro de los aspectos claves de cambio durante la adolescencia. La reorganización sináptica que ocurre durante estos años en la corteza frontal no es ajena a las experiencias vividas por los chicos y chicas ni a las influencias contextuales a las que están sometidos, sino que por el contrario, todas las actividades que los y las adolescentes lleven a cabo durante estos años incidirán en el modelado de su arquitectura cerebral como no lo haría en cual-

quier otro momento de su ciclo vital (Oliva, 2007).

De esta forma, el relevante papel que asumen estas relaciones sociales como parte de los elementos ambientales estará influido, en parte, por el desarrollo cognitivo que se produce en esta etapa, pero también por la importancia creciente que toma la amistad y por otros tipos de relaciones con los iguales que comienzan a establecerse en este periodo evolutivo. Cuando los adolescentes comienzan a pasar más tiempo con sus iguales, estos se convierten en el contexto de socialización más importante para ellos, por lo que, es lógico pensar, que entren a formar parte de su círculo de apego más cercano (Gorrese y Ruggieri, 2012). En este periodo, el esfuerzo que durante la infancia el niño destinaba a conseguir la aprobación de sus progenitores, se dirigirá a agradar a sus iguales y a buscar en ellos respuesta a la necesidad de apoyo (Delgado, Oliva y Sánchez-Queija, 2011). Allen (2008) apunta que, durante la adolescencia, el vínculo de apego con los iguales es una fuente de seguridad y de regulación del estrés en determinadas situaciones, por lo que es probable que asuma mayor relevancia frente a vínculos más propios de la infancia.

Sin embargo, en la influencia que ejercen los iguales para el desarrollo adolescente hay varios aspectos que considerar. Steinberg y Morris (2001) señalan cuatro: 1) la influencia de los iguales puede ser positiva o negativa, estando relacionados con los logros académicos, los comportamientos prosociales, el consumo de sustancias o los comportamientos delictivos; 2) la influencia que ejercen unos adolescentes sobre otros no se lleva a cabo con medidas coercitivas sino por sentimientos de admiración y respeto hacia sus opiniones; 3) los adolescentes suelen parecerse a sus iguales, no solo por la influencia que ejercen los unos sobre los otros, sino porque tienden a rodearse de amigos/as que opinan, se comportan o se identifican como ellos; y 4) los adolescentes no son igualmente susceptibles a sus iguales durante toda la adolescencia: hacia la adolescencia media existe un pico que, no obstante, estará mediado por otras variables como la personalidad, las experiencias previas, etc.

Sobre estas premisas, muchos estudios han tratado de esclarecer el proceso por el que, dentro de un grupo de iguales, algunos de ellos resultaban ser populares mientras otros resultaban excluidos. En este sentido, se han identificado perfiles de adolescentes con amigos cercanos o íntimos, que alcanzaban buenas cotas de popularidad y que, generalmente, eran simpáticos, tenían buen humor y eran inteligentes. Otros, en cambio, solían estar apartados por ser agresivos, irritables, y no tener buenas habilidades sociales o tener un trato social torpe (ver Sussman, Pokhrel, Ashmon y Brown, 2007, para una revisión). Algunos incluso, no solo no eran populares sino que estaban victimizados de alguna manera por el grupo. En este sentido, estudios centrados en fenómenos como el bullying o la violencia escolar han copado el interés científico para analizar este subtipo de agresión en el que una o varias personas atacan, humillan o agreden de forma repetida a otra en una dinámica en la que existe un desequilibrio de poder entre las partes (Salmivalli, 2010).

No obstante, y como se señalaba anteriormente, el vínculo de apego con los

iguales y la incidencia que estos ejercen también puede contribuir al desarrollo positivo del adolescente. Así, de forma progresiva, la mayoría de los jóvenes van aumentando la confianza con los iguales, considerándolos como fuente de intimidad, consuelo y bienestar general. Sin embargo, a medida que avanza la adolescencia, y aunque los amigos íntimos forman una parte importante de esta red de apoyo, el vínculo de apego sigue evolucionado hacia nuevas figuras. De esta forma, la exploración de las relaciones sentimentales representa una nueva experiencia fundamental en esta etapa del ciclo vital, satisfaciendo simultáneamente a las necesidades de independencia, identidad e intimidad (Miller y Benson, 1999).

Distintos estudios han justificado esta evolución en el vínculo de apego apuntando la importancia que este tipo de relación social emergente tiene para el desarrollo de diversas habilidades y estrategias relacionales y afectivas: las experiencias sentimentales adolescentes están asociadas con mayores índices de aceptación social, competencia relacional con amigos y compañeros, y competencia romántica, así como con el desarrollo y gestión de emociones como el afecto o la intimidad, la afirmación del estatus social, la experimentación de roles sexistas, o los primeros acercamientos sexuales (Furman, Low y Ho, 2009, Ortega-Rivera et al., 2010); todo ello contribuiría al desarrollo del ámbito social adolescente y a la propia realización personal con la consecuente repercusión en el desarrollo positivo. Sin embargo, frente a esto, otros estudios han señalado los elementos de riesgo asociados a estas relaciones, apuntando que las interacciones románticas podrían relacionarse también con variables desfavorables para el bienestar general como conductas ansiosas y depresivas, límites en la autonomía, comportamientos agresivos y/o delictivos, etc. (Joyner y Udry, 2000). Furman y Shomaker (2008), añaden que el marco de relación social que la pareja ofrece sería, además, un contexto favorable para el desarrollo de determinadas conductas problema, siendo que en este contexto se producen un mayor número de interacciones negativas que en el contexto de los iguales o incluso, en el de los amigos íntimos. En una de sus manifestaciones límite, estas conductas podrían derivar en comportamientos agresivos en el interior de las parejas que, a su vez, se relacionarían con variables de estrés, ansiedad, depresión, etc. y con menores índices de satisfacción general con la vida (Callahan, Tolman y Saunders, 2003).

No obstante, Furman y cols. (2009) ya apuntaban que es difícil determinar con total claridad los efectos que estas relaciones sociales tienen sobre el ajuste y bienestar de los adolescentes. De acuerdo con Markiewicz, Lawford, Doyle y Haggart (2006), y siguiendo las palabras de Allen y Land (1999:324), la adolescencia se perfila en este sentido como un importante periodo transicional para el desarrollo de las relaciones de apego de modo que *“...el mal humor, las relaciones cambiantes con unos y otros, la tensión y la creciente independencia emocional y conductual de los padres... todos (estos factores) pueden conspirar para crear un estado crónico de la activación del vínculo de apego”*. Allen (2008) señala que, durante la adolescencia, cuando surge el pensamiento formal y el adolescente es más reflexivo y razonado, elabora pensamientos más complejos, y amplía y diversifica sus representaciones mentales, se produce también una

ampliación de su contexto social que favorece el reconocimiento del valor de otras figuras de apego.

OPORTUNIDADES Y RIESGOS EN LA ADOLESCENCIA

Sumergidos en este momento de cambio constante, la literatura científica reciente adolece de una atención específica sobre el desarrollo normativo de los y las adolescentes; sin embargo, gracias a ello y a la atención que los estudios han puesto sobre los diferentes problemas conductuales que aparecen en este periodo, actualmente se cuenta con un amplio conocimiento bien fundamentado sobre diversos tipos de riesgos comunes a los adolescentes. Es más, podría decirse que lo que sabemos sobre el desarrollo anormal o atípico de los y las adolescentes, también informa sobre lo que resulta ser el desarrollo normativo de estos (Steinberg y Morris, 2001).

Los cambios que se suceden en este periodo pueden estar en la base explicativa de muchos de los comportamientos que se desarrollan en estas edades. Contamos con un amplio abanico de estudios que se han preocupado, entre otros, por riesgos de consumo, violencia, adicción, etc. En relación al consumo de drogas, por ejemplo, los estudios han subrayado que uno de los mayores factores de riesgo es la baja percepción de riesgo que tienen los y las adolescentes sobre este tipo de conductas (Pons y Buelga, 2011). La edad en que chicos y chicas se inician en estas conductas coincide los cambios anteriormente indicados y, a su vez, resulta un elemento fundamental para el desarrollo de un hábito ocasional o habitual. Los estudios han señalado que el periodo entre los 13 y 15 años es clave: cuanto más tardía sea la experimentación con estas sustancias, mayor probabilidad de que el consumo sea esporádico y de que no se desarrolle una verdadera adicción. De forma análoga ocurre en fenómenos violentos como el bullying. Diferentes estudios han señalado que existe un punto álgido del fenómeno en torno a los 15-16 años, decreciendo en edades posteriores (Ortega-Rivera, Sánchez, y Ortega-Ruiz, 2010). No obstante, en los perfiles más extremos, este tipo de comportamientos puede perpetuarse en el tiempo bajo otras formas violentas que evolucionan para adaptarse a las características de la adolescencia tardía y a sus nuevos intereses, actuando como factor de riesgo para fenómenos de violencia en la pareja adolescente, violencia a través de las redes sociales y las nuevas tecnologías, etc.

Para presentar y desarrollar algunos de los datos más recientes sobre estos y otros fenómenos relacionados, se elabora el presente monográfico. Con ocasión del *VI Congreso Mundial sobre Violencia en las Escuelas y Políticas Públicas* (www.ijvs.org) se han recogido aquí algunas de las aportaciones más relevantes en torno a los riesgos adolescentes.

Lessa, De Macedo, Andina, Welter y Lessa, presentan un trabajo en torno a la exposición a la violencia y el consumo de sustancias entre estudiantes en el sur de Brasil, utilizando para ello una amplia muestra de jóvenes adolescentes que les permite apuntar útiles aspectos para las políticas públicas del país. Villalobos-

Parada y su equipo, contextualizados en escuelas de Chile, se centran en los aspectos más ligados a la victimización de los y las adolescentes en el contexto escolar, sea por parte de los iguales, sea por parte del personal de la escuela, y presentan una interesante comparación entre estudiantes con y sin NEE. Sus conclusiones subrayan la necesidad de promocionar factores protectores en el entorno escolar que favorezcan una buena convivencia para todo el alumnado. En este sentido, Carra, Boxberger, Robbes y Pesce presentan un análisis de los recursos que, particularmente los profesores noveles, emplean para responder a situaciones conflictivas y a los incidentes que pueden ocurrir en el aula durante la jornada escolar. En base a los resultados encontrados, se hace una propuesta de políticas eficaces para resolver con éxito estas situaciones.

Centrados en fenómenos de maltrato entre escolares o bullying propiamente, Ramírez y Barriga presentan un estudio piloto en México que abre las puertas al análisis de este fenómeno en el país, considerando las características propias que lo definen. Mendoza, Miranda, Morales y Arriaga aportan a este análisis un estudio en el país de las variables proximales relacionadas con la violencia escolar y el bullying en el alumnado de bachillerato, identificando tres perfiles diferenciados con distintas problemáticas asociadas.

Finalmente, Martínez y su equipo dan un paso más allá y conectan las formas tradicionales de violencia con otras más recientes, derivadas de uso de las nuevas tecnologías. Presentan así algunas herramientas que pueden servir de factores protectores ante el riesgo de verse envueltos en violencia cara a cara o en violencia por medios virtuales. Por su parte, Baquero y Avendaño contribuyen con su trabajo a esta línea de investigación y aportan el diseño y análisis psicométrico de un instrumento para detectar la presencia de cyberbullying en un contexto escolar. Por último, ligado a este uso de las tecnologías y a la evolución del grupo de iguales durante la adolescencia, Sánchez, Muñoz-Fernández y Vega presentan un estudio que aborda el proceso de cibercortejo, analizando los riesgos y el impacto emocional que tiene para los y las adolescentes la ciberconducta sexual.

REFERENCIAS

- Acosta, L., Fernández, A. R., & Pilon, S. (2011). Factores sociales para el uso de alcohol en adolescentes y jóvenes. *Revista Latinoamericana Enfermería*, 19, 771-81.
- Allen, J. P. (2008). The attachment system in adolescence. In J. Cassidy & P.R. Shaver (Eds.), *Handbook of attachment: Theory, research, and clinical applications* (2nd ed., pp. 419-435). New York: Guilford Press.
- Allen, J. P., & Land, D. (1999). Attachment in adolescence. *Handbook of attachment: Theory, research, and clinical applications*, 319-335.
- Bjorklund, D., & Blasi, C. H. (2011). *Child and adolescent development: An integrated approach*. Cengage Learning.
- Boyer, T. (2006). The development of risk-taking: A multi-perspective review. *Developmental Review*, 26, 291-345.

- Callahan, M. R., Tolman, R. M., & Saunders, D. G. (2003). Adolescent dating violence victimization and psychological well-being. *Journal of Adolescent Research, 18*(6), 664-681.
- Dahl, R.E., & Spear, L.P. (2004). Adolescent brain development. *Annals of the New York Academy of Sciences, 1021*, 1-22.
- Delgado, A. O. (2007). Desarrollo cerebral y asunción de riesgos durante la adolescencia. *Apuntes de psicología, 25*(3), 239-254.
- Delgado, I., Oliva, A., & Sánchez-Queija, I. (2011). Apego a los iguales durante la adolescencia y la adultez emergente. *Anales de Psicología, 27*(1), 155-163.
- Erikson, E. (1968). *Youth: Identity and crisis*. New York, NY: WW.
- Furman, W., & Shomaker, L. B. (2008). Patterns of interaction in adolescent romantic relationships: Distinct features and links to other close relationships. *Journal of Adolescence, 31*(6), 771-788.
- Furman, W., Low, S., & Ho, M. J. (2009). Romantic experience and psychosocial adjustment in middle adolescence. *Journal of Clinical Child & Adolescent Psychology, 38*(1), 75-90.
- García-Sedeño, M. A., & García-Tejera, M. (2013). Estimación de la validez de contenido en una escala de valoración de grado de violencia de género soportado en adolescentes. *Acción Psicológica, 10*(2), 41-58.
- Gardner, M. & Steinberg, L. (2005). Peer influence on risk-taking, risk preference, and risky decision-making in adolescence and adulthood: An experimental study. *Developmental Psychology, 41*, 625-635.
- Gorrese, A., & Ruggieri, R. (2012). Peer attachment: A meta-analytic review of gender and age differences and associations with parent attachment. *Journal of youth and adolescence, 41*(5), 650-672.
- Hall, G. S. (1904). *Adolescence*. 2 vols. New York: Appleton.
- Johnston, L., O'Malley, P. M., Bachman, J. G., & Schulenberg, J. E. (2013). *Monitoring the Future National Survey Results on Drug Use, 1975-2011*. Institute for Social Research, the University of Michigan: Rockville, Michigan, USA.
- Joyner, K., & Udry, J. R. (2000). You don't bring me anything but down: Adolescent romance and depression. *Journal of Health and Social Behavior, 369-391*.
- Markiewicz, D., Lawford, H., Doyle, A. B., & Haggart, N. (2006). Developmental differences in adolescents' and Young adults' use of mothers, fathers, best-friends, and romantic partners to fulfill attachment needs. *Journal of Youth and Adolescence, 35*(1), 121-134.
- Miller, B. C., & Benson, B. (1999). Romantic and sexual relationship development during adolescence. *The development of romantic relationships in adolescence, 99-121*.
- Miller, B., & Benson, B. (1999): Romantic and Sexual Relationship Development during Adolescence. En W. Furman, B. Brown y C. Feiring (Eds.), *The Development of Romantic Relationships in Adolescence* (pp. 99-124). U. K., Cambridge: University Press.

- Negriff, S., & Susman, E. J. (2011). Pubertal timing, depression, and externalizing problems: A framework, review, and examination of gender differences. *Journal of Research on Adolescence, 21*(3), 717-746.
- Oliva, A., Ríos, M., Antolín, L., Parra, A., Hernando, A., & Pertegal, M. Á. (2010). Más allá del déficit: Construyendo un modelo de desarrollo positivo adolescente. *Infancia y Aprendizaje, 33*(2), 223-234.
- Ortega-Rivera, J., Sánchez, V., & Ortega, R. (2010). Violencia sexual y cortejo juvenil. En R. Ortega (Eds.), *Agresividad injustificada, bullying y violencia escolar* (pp. 211-232). Madrid: Alianza.
- Palacios, J., & Oliva, A. (1999). La adolescencia y su significado evolutivo. J. Palacios, A. Marchesi y C. Coll (comps.). *Desarrollo psicológico y educación, 1*. Madrid: Alianza.
- Pons, J., & Buelga, S. (2011). Factores asociados al consumo juvenil de alcohol: una revisión desde una perspectiva psicosocial y ecológica. *Psychosocial Intervention, 20*(1), 75-94.
- Rosenthal, N. L., & Kobak, R. (2010). Assessing adolescents' attachment hierarchies: Differences across developmental periods and associations with individual adaptation. *Journal of Research on Adolescence, 20*(3), 678-706.
- Salmivalli, C. (2010). Bullying and the peer group: A review. *Aggression and violent behavior, 15*(2), 112-120.
- Steinberg, L., & Morris, A. S. (2001). Adolescent development. *Journal of Cognitive Education and Psychology, 2*(1), 55-87.
- Sussman, S., Pokhrel, P., Ashmore, R. D., & Brown, B. B. (2007). Adolescent peer group identification and characteristics: A review of the literature. *Addictive Behaviors, 32*(8), 1602-1627.